

Espiritismo y literatura en México

JOSÉ RICARDO CHAVES

Centro de Poética

Instituto de Investigaciones Filológicas

Parece que no hay acuerdo sobre cuándo comenzó el espiritismo en México. Sergio González Rodríguez habla de primeros centros espíritas para 1857 en la capital, mientras que Antonio Saborit habla de Guadalajara como la cuna espiritista, también en la década de los cincuenta. Alguien como José Natividad Rosales lleva el origen más al norte, a Coahuila, la tierra natal de Madero, quizá la figura espírita más notable en los casi ciento cincuenta años de existencia oficial en México. Vincula el surgimiento del espiritismo con el “saurinismo”, al cual define como “una actitud cósmica norteña, de la cual se deriva el espiritismo nacional” (1973, 12). El término deriva de “zahorí”, que en árabe significa adivino y se trataría de una tendencia local de videncia medio chamánica. El espiritismo moderno surgió a fines de los cuarenta en los Estados Unidos con figuras como las hermanas Fox o Andrew Jackson Davis y muy rápidamente se extendió al este, hacia Europa, pero también al sur, a América Latina, y a México en especial como frontera. De aquí la rapidez de su recepción, una recepción, hay que decirlo, que no se hizo sobre el vacío, sino sobre tradiciones locales (nativas o híbridas), como vemos en el “saurinismo” norteño.

El espiritismo surgió en una época de crisis y renovación religiosa. Desde el siglo anterior, el de las Luces, el de la Ilustración, se venía dando un proceso de secularización de las ideas y de la visión del mundo, que supuso un cierto debilitamiento de las instituciones religiosas dominantes, esto es, cristianas. La Ilustración se transformó en positivismo en el siglo XIX, en tecnología y método científico, y esta certeza racionalista se comenzó a imponer como principio de explicación de

la realidad, lo que vino a desprestigiar la explicación religiosa cristiana, que pasó a ser un mito más entre muchos. Quizá la religión tuviera su propio espacio en lo ético, pero no para explicar el mundo y, sobre todo, para transformarlo, como sí lo hacía la ciencia por medio de la técnica, emblema de verdad.

Este retroceso religioso por secularización en el siglo XIX afectó a las religiones tradicionales cristianas, pero esto no significó que el campo religioso se agotara pues, por otra parte, se observaba un proceso de renovación por el lado de la religiosidad heterodoxa, con diversas corrientes ocultistas que podían por fin salir a la luz (masonería, rosacru-cismo, por ejemplo) o generarse algo nuevo, como precisamente ocurre con el espiritismo, a fines de la primera mitad de siglo, o con la teosofía, a mediados de la segunda. También hay renovación dentro del propio campo cristiano, y surgen grupos como los mormones o los Testigos de Jehová. Para el caso latinoamericano, y mexicano en especial, el siglo XIX supuso el proceso de consolidación del naciente estado nacional. En esta empresa, los "progresistas" liberales se enfrentaron a la institución religiosa dominante, la iglesia católica, que formaba parte del pasado colonial que había que superar y de un presente reaccionario que había que constreñir, ya que no se podían eliminar de raíz, dado su apoyo popular. Liberales y espiritistas coincidieron en su rechazo del antiguo régimen, en su progresismo y en la creencia en reformar las instituciones y, a veces, hasta de acabarlas (como la monarquía).

El espiritismo fue una de las corrientes religiosas más influyentes y de más rápido crecimiento en el siglo XIX y, desde sus orígenes, se vinculó con la literatura, no sólo como tema o referencia en poemas y narraciones, sino también como vehículo para la diseminación de la doctrina espírita, en cierta forma como propaganda. Buena parte del componente social de los adherentes era de clases media y alta, gente más educada y letrada, más amiga del libro y de la escritura. Ésta era algo compartido por el espiritista y el escritor, los dos pasaban por la acción de escribir, uno supuestamente controlando lo que se dice, el otro dejándose poseer por una otredad fantasmal que lo lleva al sueño y al misterio, sí, pero sobre todo a la palabra y a la letra. Más allá del modo, al final el resultado era un texto; que fuese dictado por un espíritu o por una musa no hacía mucha diferencia después de todo en cuanto a resultado, a producto final.

*Así se explica esa inclinación libresca que se ha señalado en el espiritismo organizado, sus diversas revistas y publicaciones con locales especializados de venta en la segunda mitad del XIX, sus amistades literarias. En estos grupos sociales medios y altos se va a dar lo que puede llamarse como espiritismo culto, letrado, de salón, de sesión, con un ingrediente muy importante, su pretensión científica, su querer emular los procedimientos científicos sólo que aplicados a ciertos fenómenos ignorados o desechados por la ciencia oficial. El espiritismo, en consonancia con el ocultismo de la época, no estaba peleado con la ciencia, sino que pretendía usarla en su paradigma sincrético: unir ciencia y religión, esto es, una actitud distinta acorde con los nuevos tiempos de secularización. Se trata de una parte de la sensibilidad religiosa de la época que acepta el modernismo secular en lo que tiene de esencial, su pretendida racionalidad, y la que se supone su institución clave: la ciencia. De aquí que una y otra vez el espiritismo se presente a sí mismo como una comprobación científica de la vida *post mortem* y, sobre todo, de la comunicación con los difuntos. Este es el nódulo de la doctrina espírita, lo que define su práctica y en este sentido se inscribe en una larga tradición que nos podría llevar muy lejos, al antiguo chamanismo (*en tanto se tiene al éxtasis como experiencia espiritual fundamental*), y que se relaciona con la idea de la posesión por los espíritus. Esta veta se activa en un contexto empirista y cristiano y se genera el espiritismo moderno, en un medio letrado que favorece la escritura como expresión de fantasmas propios y ajenos. Pero el asunto viene de muy atrás, pues, después de todo, ¿no es el espiritismo del XIX lo que los antiguos llamaban necromancia? ¿No aparece en la propia Biblia el pasaje espírita del rey Saúl que visita a la pitonisa de Endor?*

El espiritismo, si bien surgió en los Estados Unidos a fines de los 40, fue en Francia, en la siguiente década, donde logró un prestigio doctrinal con pretensiones filosóficas en la figura de Allan Kardec, quien cambió el perfil espírita de uno empirista a otro más trascendental, pues añadió la teoría de la reencarnación y la de los múltiples mundos a lo que era, sobre todo, hablar con los muertos y hacer bailar las mesas de las sesiones. Además reforzó un perfil ético de ayuda al prójimo que habla de su extracción cultural cristiana. A México llegan las dos tendencias espíritas, la empírica y la kardeciana, pero la que va a ser más estimada por los cultos es la francesa, como se aprecia en el

caso de Madero, que se contacta con el espiritismo por medio de la *Revue Spirite* de Kardec, a la que estaba suscrito su padre. Después, ya en Francia, se puso en contacto directo con los espiritistas galos.

La existencia de este espiritismo culto, que es el que se va a vincular con la literatura, no debe hacernos creer que fue sólo un fenómeno de élites, pues también caló en medios populares por vías sincréticas. Al principio pensé que el espiritismo en México había nacido y crecido culto y elitesco y que, después, había permeado a otras capas y sectores sociales. Aunque algo de esto pudo pasar, también es cierto que desde muy temprano se establecieron alianzas sincréticas con formas populares cristianas e indígenas. Un buen ejemplo de esto es el Movimiento Mariano Trinitario, que se remonta a 1866 como su año fundacional, con la figura de Roque Rojas o Padre Elías, y que adquirió expresión literaria en el personaje de Jesusa Palancares de la novela *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska. Este procedimiento de expansión espírita por vía de anexión de lo diferente se observa en otros países latinoamericanos, con ingredientes propios según antecedentes locales, como va a ser en Brasil la fusión del espiritismo euro-norteamericano con tradiciones africanas.

En cuanto al espiritismo letrado, hay que subrayar, además de su gusto por la ciencia (entendida y usada a su manera), su ubicación algo transgresora de los estándares sexuales, al permitir una relación entre los sexos de mayor cercanía física y emocional, en un contexto penumbroso proclive a los deslices eróticos. De hecho el ambiente espírita fue campo fértil para el feminismo, y en la cultura de la época el espiritismo fue una cierta forma de impugnación, junto con otros discursos reformistas. El espiritismo fue uno de los pocos campos en que las mujeres tuvieron un papel central como médium, como propagandista, como cliente, y no es raro encontrar en algunas biografías femeninas de la época la coexistencia de espiritismo, teosofía y causas progresistas, sobre todo, en el campo teosófico, con el ejemplo de Annie Besant, proveniente del campo del socialismo fabiano, más que de Madame Blavatsky quien, quizá por su extracción aristocrática, quiso separar su trabajo teosófico de la acción política.

En el caso de México, tentativamente y a grandes rasgos podría hablarse de dos etapas en la conexión literatura y espiritismo: una decimonónica de inicio que se continúa dos, tres décadas más en el siglo xx (coincide con el modernismo literario aunque lo antecede), que se dis-

tingue sobre todo porque se escribe de espiritismo por convicción y por doctrina, siendo aquí la literatura apenas un medio de expresión, un hermoso vehículo. La segunda etapa es la propiamente moderna, cuando el espiritismo deja de ser doctrina que enseñar y se torna recurso literario, tema, asunto. En la primera etapa la literatura es el medio del espiritismo, en la segunda el espiritismo es el medio de la literatura.

Para el período del XIX, es posible distinguir una etapa inicial y otra de madurez, que coincide con el porfiriato y el modernismo. Entre los escritores mexicanos, Pedro Castera estaría entre los del primer período, con sus comunicaciones espiritistas, su cuento “Un viaje celeste”, de 1872, y su novela *Querens*, de 1890, que a juicio de Luis Mario Schneider sería una de las primeras novelas fantásticas, “la primera novela latinoamericana en la que el hipnotismo, la energía esotérica, dan motivo y fundamento a la creación artística” (1987: 28). Castera fue un convencido espírita, incluso médium.

A mediados de los setenta había asistido al sonado debate sobre la verdad y la mentira del espiritismo convocado por la sociedad literaria del Liceo Hidalgo, el que generó que diversas voces se manifestaran: Ignacio Manuel Altamirano reconocía lo avanzado de la filosofía espírita pero desconfiaba de su perfil religioso, Gabino Barreda estaba entre los escépticos, Santiago Sierra, hermano de Justo, estaba del lado de los espíritas. Por su parte, Ignacio Ramírez escribió: “Vuelvo a decir que no ataco al espiritualismo; y solo hago observaciones sobre sus pruebas. ¿Le dejo sin ninguna? No es exacto. A las religiones les queda la fe; y sus libros dicen que eso basta [...] Y a los espiritualistas les quedan los experimentos que nos han prometido. Veo, entretanto, en el espiritismo, una zarzuela, y por eso me simpatiza; confieso mi debilidad, me gustan esas diversiones” (González 1990, 70-71). Este momento preporfirista está más marcado por el debate con el positivismo, con la ciencia, de la que el espiritismo no se siente excluido.

En el siguiente momento, ya el espiritismo no es una corriente tan nueva en el paisaje nacional, ya cuenta con una infraestructura valiosa (publicaciones, locales, congresos). Sigue en la brega ideológica con los positivistas, aunque hayan surgido nuevos debates con quienes son más cercanos: los teósofos, que, aunque espiritualistas, no son espiritistas, no creen en la comunicación con los muertos. La expresión literaria de este espiritismo es de tipo modernista, pues ambos fenómenos (el

religioso y el literario) forman parte de un mismo proceso de renovación cultural finisecular. En buena medida es el momento dorado del espiritismo. Vinculados con él aparecen nombres como Santiago y Justo Sierra, Balbino Dávalos, Manuel Olaguíbel, Francisco I. Madero, Amado Nervo.

Entre los escritores extranjeros por entonces viviendo en México estarían un gran amigo de Madero, el costarricense Rogelio Fernández Güell, personaje importante del medio espiritista (y masónico) de la época, autor de la novela *Lux et umbra* (1911), y el colombiano Porfirio Barba Jacob, cuyas experiencias espiritistas en el hoy derruido Palacio de la Nunciatura describiría en una serie de cinco crónicas. Un amigo de Barba Jacob, el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, novelaría esos mismos acontecimientos insólitos en *Las noches del Palacio de la Nunciatura* (1927). En el caso de Madero, que no era un escritor “profesional”, su obra escrita es notable: un *Manual espírita* (1911) bajo del seudónimo de Bhima (personaje del texto religioso hindú la *Bhagavad Gita*, que tanto admiraba), sus propias comunicaciones dictadas por los invisibles, y sus comentarios al mencionado texto hindú, hechos desde una perspectiva kardeciana. Su propia participación política estuvo mediada por su práctica y su credo espiritistas. También habría que subrayar su apoyo económico a diversas actividades de sus cofrades, entre ellos al propio Fernández Güell, quien dirigía la revista *Helios*. Otro extranjero en México por esos años fue el español Ramón del Valle Inclán, cuyas inclinaciones teosóficas fueron muy conocidas, tal como se aprecia en *La lámpara maravillosa*, y, en lo que a México se refiere, en las referencias espiritistas de su novela *Tirano Banderas*.

Sin duda el escritor más conocido de entre los que estuvieron en contacto con el espiritismo de entonces es Amado Nervo, quien, pese a sus exploraciones y lecturas espíritas y teosóficas, se mantuvo siempre en consonancia cristiana, fiel a su propia historia personal. Escribió diversas crónicas sobre esos asuntos, como “Noches macabras” o “Fotografía espírita”, narraciones como “Los que ignoran que están muertos” o “El fantasma”, o poemas como “Mediumnidad”, “¡Quién sabe!” y “Miedo”. En estos y otros textos, pese a su fascinación por el misterio, al final se impone el escepticismo, la ironía, la duda, pero... quién sabe. Nervo se mueve entre la creencia y su negación. Quiere creer, pero no le es tan fácil. Quiere creer en Cristo, en la comunica-

ción con los espíritus y en la continuidad de la vida tras la muerte física, pero cuando menos se piensa salta el demonio de la incredulidad. También es curioso cómo alguien que, mientras estuvo vivo, visitó las sesiones espiritistas, al morir se torna en fuente discursiva él mismo, en tanto fantasma que aparece en sesiones y que, gracias a la mediumnidad de Rebeca Meléndez, escribe su libro, más que póstumo, postmortem, titulado *Más allá de la muerte*, un ejemplar del cual se puede consultar en la Biblioteca Nacional. Habrá que resolver si en sus obras completas se incluye tal título fantasmal.

En la dinámica espiritista, no era raro que en las sesiones se aparecieran escritores difuntos y dictaran nuevas obras, como Homero, Shakespeare o Victor Hugo, con la característica compartida de que su talento literario no había sobrevivido con ellos, pues sus resultados por interpósita mano de médium en ese nuevo estado eran francamente deplorables en relación a lo escrito en vida. Si esto era así, ¿por qué Nervo no podía entrar en tal dinámica habitual de ilustres difuntos literatos que dictan nuevos y olvidables títulos desde el más allá? Al revisar la prosa postmortem de Nervo, nos encontramos con un estilo totalmente distinto del que tuvo en vida, lúdico, ligero (en el buen sentido), con ironía y mayor o menor escepticismo. Nada de esto sobrevivió en este libro más cercano al discurso de un predicador convencido. Y, claro, ¿cómo no estar convencido si está hablando supuestamente desde más allá de la vida!

En un lugar cercano a Nervo se encuentra José Juan Tablada por su interés por el misterio, en especial en su novela *La resurrección de los ídolos*, en la que domina lo teosófico sobre lo espírita, una curiosa elaboración sobre la identidad mexicana con base en el conflicto entre Quetzalcóatl/Cristo por un lado, y Huichilobos/Revolución, por el otro. Por su indigenismo fantástico, esta novela se aúna a otras manifestaciones de una cierta literatura teosófica, de arqueología diletante, como la escrita por Mario Roso de Luna en España y María Fernández de Tinoco o Jorge Povedano en Costa Rica. Tablada, acorde con los tiempos, evolucionaría, siempre dentro de la corriente teosófica, desde Blavatsky hacia Ouspensky. Algunos han hablado de otra supuesta novela de Tablada que se titularía *El teósofo y Lu-Kai*, texto quizá tan fantasmal como el libro *post mortem* de Nervo, aunque por otras razones.

Conforme la secularización continuó a medida que el siglo avanzaba, el espiritismo de salón dejó de ser atractivo para las clases medias y

altas que lo promovían, por lo menos ya no como antes, no sólo por las propias limitaciones del espiritismo, sino también por las nuevas opciones ideológicas que aparecieron, sobre todo en la segunda mitad del siglo xx, con la reactivación y renovación religiosas promovidas por el hippismo y la *New Age*, por ejemplo, aunque también por el desplome de paradigmas racionalistas como el marxista, que fomentó una relativa vuelta a lo sacro entre las élites y las masas. Donde el espiritismo siguió más vivo fue en sus formas sincréticas populares, como el trinitarismo mariano ya mencionado, que logró amarrar lo cristiano, lo indígena y lo propiamente espiritista. Esta es la cosmovisión de Jesusa Palancares, el personaje inolvidable de *Hasta no verte Jesús mío*, la novela de Poniatowska de 1969, la única escritora que conozco que ha puesto atención al espiritismo popular.

Otras novelas importantes con tema o referencia espiritista en la segunda mitad del siglo xx son *La noche oculta* (1990) de Sergio González Rodríguez, y *Las leyes del mal*, de Natán Zachs (1997). Las menciono juntas porque parten de una misma situación dramática: el escéptico que recurre al espiritismo para saber sobre el asesinato irresuelto de una mujer. Los tratamientos del asunto son bien distintos, pues mientras en el caso de González la narración se desliza hacia la crónica del México, más que oculto, ocultista, la novela de Zachs se va hacia la historia y la política para denunciar cierta conexión nazimexicana.

La novela de González me resulta muy interesante ya que, a falta de una historia del espiritismo en México, la literatura sale a la palestra y trata de hacer el trabajo que el historiador no hizo, quizá por prejuicio o por descuido. Dado el lugar exótico de México en el imaginario ocultista, como cuna de antiguas civilizaciones con su aroma mágico surgiendo entre las ruinas, fue lógico que por aquí pasaran ocultistas de los más diversos linajes, desde supuestamente Blavatsky, a mediados del xix, Crowley a principios del xx, hasta otros como el alemán-mexicano Krumm-Heller, en las primeras décadas, y seguidores de Gurdjieff, como Rodney Collin. González da cuenta de muchos de estos nombres en su recuento de casi siglo y medio de heterodoxia religiosa en México, y aquí aparece por supuesto el espiritismo. Claro, el asunto en la novela no se queda en la referencia histórica sino que se utiliza también dramáticamente para la historia, con personajes como Clara la médium y Diótimo, el cronista de lo oculto mexicano.

Otra novela que quiero mencionar es *Madero, el otro* (1989), de Ignacio Solares, que si bien utiliza todo el arsenal de la novela histórica para rescatar la figura de Madero, lo hace desde dentro, con un conocimiento íntimo del espiritismo que lo lleva a que, aunque quizá no crea en él como doctrina, lo respete y lo entienda. La focalización narrativa hacia Madero fortalece el efecto dramático, en un hábil juego de voces como espejos. Junto con la novela de Poniatowska, *Madero, el otro* sería, a mi juicio, el mejor título de esa literatura del siglo xx que encontró en el espiritismo, no un credo que practicar, sino un tema que aprovechar literariamente. Mientras una novela se va por el lado popular, la otra recupera a la figura más ilustre del espiritismo mexicano.

Lejos de pretender decirlo todo sobre el binomio espiritismo y literatura, con los datos y comentarios anteriores apenas pretendo levantar una punta del velo que lo cubre, con la esperanza de motivar a otros lectores a revisarlo. Hay mucho que hacer al respecto: revisión de títulos y autores, de revistas espiritistas de diversas ciudades de la nación, seguimiento historiográfico más detallado, etc. En fin, el trabajo apenas empieza y ojalá que nuevas personas se unan a esta labor de lectura e investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTERA, PEDRO. *Las minas y los mineros. Querens*. Edición, introducción y notas de Luis Mario Schneider. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- FERNÁNDEZ GÜELL, ROGELIO. *Lux et umbra. Novela filosófica*. Biblioteca "Helios", México: Tipografía Artística, 1911.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, SERGIO. *La noche oculta*. México: Ediciones Cal y Arena, 1990.
- *La revolución espiritual de Madero. Documentos inéditos y poco conocidos*. México: Gobierno del Estado de Quintana Roo, 2000.
- LAGARRIGA ATTÍAS, ISABEL. *Medicina tradicional y espiritismo. Los espiritualistas trinitarios marianos de Jalapa, Veracruz*. México: Secretaría de Educación Pública, 1975 (SepSetentas 191).
- MADERO, FRANCISCO IGNACIO. *Obras completas. Escritos sobre espiritismo. Doctrina espírita 1901-1913*. Alejandro Rosas Robles editor, prólogo de Yolia Tortolero, México: Clío, 2000.

- MELÉNDEZ, REBECA. *Más allá de la muerte*, Prólogo de Jadwiga Kaminska, México: edición privada, 1949.
- PONIATOWSKA, ELENA. *Hasta no verte Jesús mío*. México: Secretaría de Educación Pública / Era, 1986 (Lecturas Mexicanas).
- ROSALES, JOSÉ NATIVIDAD. *Madero y el espiritismo. Las cartas y las sesiones espíritas del héroe*. México: Posada, 1973.
- SABORIT, ANTONIO (selecc. y pról.). *Pedro Castera*. México: Ediciones Cal y Arena, 2004 (Los imprescindibles).
- VALADEZ ZAMUDIO, JOAQUÍN. *La historia de la Sociedad Teosófica en México*, México: Editorial Orión, 1981.
- ZACHS, NATÁN. *Las leyes del mal*, México: Edamex, 1997.